

En los países del llamado Primer Mundo el consumo de carne es causa de numerosas enfermedades. Por el excesivo uso de pesticidas en el cultivo de maíz, sorgo y demás granos de que se alimenta abundantemente el ganado y que los animales acumulan en su cuerpo, la ingestión de carne ocupa en los Estados Unidos el segundo lugar en la lista de los alimentos que causan cáncer -después del consumo de jitomate-, y el primero por contaminación de herbicidas. Asimismo, el National Research Council estima que la ingestión de carne constituye 11% del total de riesgo de cáncer por consumo de alimentos. Si a ello sumamos el aumento de males cardíacos por el exceso de consumo de carne en estos países y el peligro que representa para el ser humano la ingestión de hormonas que contiene la carne por el empleo de éstas para aumentar al máximo el volumen del tejido de los animales y así obtener una mayor rendimiento -lo que se practica en 95% de los grandes complejos ganaderos de Estados Unidos y en gran parte de Europa-, el panorama se vuelve más negro aún.

Y mientras en los países industrializados el ganado devora los granos que podrían alimentar a buena parte de la humanidad, en los países del Tercer Mundo sus estómagos rumian millones de hectáreas de selvas tropicales. La mayor destrucción de selvas ha ocurrido en el último siglo, y de este total, la gran mayoría ha desaparecido a causa de la ganadería extensiva, que año con año avanza en detrimento de la riqueza de estos países, en donde se encuentra la diversidad biológica más grande del mundo. Si a este deterioro ambiental añadimos el efecto que tiene el gas metano que producen los rumiantes en la atmósfera, los efectos dejan de ser locales y se entrelazan con todos los demás factores causantes del calentamiento global. Y si a todo ello sumamos el hecho de que en estos países el consumo de carne y leche es bajísimo, podría parecer un arranque de pesimismo con ganas de ver todo negro.

El problema parece ser en ambos casos la búsqueda de grandes beneficios, la famosa rentabilidad, que en los países desarrollados obliga al insumo de nuevos productos obtenidos con alta tecnología y grandes inversiones, y en los países subdesarrollados al mínimo de inversión y al empleo de las selvas tropicales como una forma de subsidio de la naturaleza. La cuestión es qué hacer ante semejante panorama. Alternativas no faltan. La cría de animales menos nocivos y con altos rendimientos, como parece haber resultado el avestruz y como podría serlo el tepescuintle, es una vía que cada vez parece más necesaria de explorar. La disminución del consumo de carne y la búsqueda de dietas más balanceadas es otro camino que ya lleva años de recorrido, y podríamos mencionar otras más. No obstante, mientras el problema de fondo no cambie, mientras no se tome en cuenta el impacto que pueden tener en la salud y el ambiente los procesos de producción, mientras reine el dios del oro y la rentabilidad, cualquier intento por conservar y mejorar la salud del planeta y sus habitantes se verá en riesgo de naufragar y el futuro no se podrá ver más que de un solo color: negro. Esperemos que una mirada a la historia contribuya a esta reflexión.